



Excmo. Ayuntamiento de Benalmádena
Delegación de Cultura y Educación

**BEN
82-3
EST
enl**

ANTONIO ESTEO CEBALLOS

En la noche fría



Primer Premio
I CERTAMEN LITERARIO DE BENALMÁDENA
"VIGÍA DE LA COSTA"
1997

NO SE PRESTA

Solo puede ser prestado dentro de la sala de lectura

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, almacenada en un sistema de informática o transmitida de cualquier forma o por cualquier método, electrónico mecánico, fotocopia, grabaciones u otros medios sin previo y expreso permiso del propietario del Copyright.

1ª Edición: 1 de Junio de 1998
Impreso en: Gráficas Campos, S.A.

Hace tiempo que en esta Delegación de Cultura se tuvo la idea de estimular y difundir entre los ciudadanos de nuestro municipio la afición por la lectura y por el arte de escribir. Hoy se hace realidad una de estas vertientes con la edición del primer premio del I Certamen Literario de Benalmádena, cuyo título, "Vigía de la Costa", es el lema que evoca nuestra historia y nos lleva de identidad para el futuro. El desarrollo de la personalidad humana es algo inherente al hombre, algo a lo que no debe faltarle el estímulo particular de nuestro progreso, de nuestro avance como pueblo.

Título: En la noche fría

Autor: Antonio Esteo Ceballos

Prólogo: Dña. Carmen Vargas Molina

La segunda vertiente viene dada por ti, lector, que tienes ahora estas líneas entre tus manos y a las que vas a dar forma ya te voy a encontrar después de leerlas.

R-15.243

Esta Delegación de Cultura se enorgullece de este proyecto que dará, sin duda, un nuevo horizonte a nuestra cultura.



Nuestro agradecimiento a los autores y colaboradores que nos han permitido contar con esta obra para que llevamos esta literatura y el arte de escribir a los ciudadanos a lo que en años venideros queremos que sea nuestro "Vigía de la Costa".

Carmen Vargas Molina
Excmo. Ayuntamiento de Benalmádena
1998

Título: En la noche fría
Autor: Antonio Esco Ceballos
Prólogo: Dra. Carmen Vargas Molina

R. 12345



Excmo. Ayuntamiento de Benalmádena

1998

Hace tiempo que en esta Delegación de Cultura se tuvo la idea de estimular y difundir entre los ciudadanos de nuestro municipio la afición por la lectura y por el arte de escribir. Hoy se hace realidad una de estas vertientes con la edición del primer premio del I Certamen Literario de Benalmádena, cuyo título, "Vigía de la Costa", es el lema que evoca nuestra historia y nos llena de identidad para el futuro. El desarrollo de la capacidad creativa es algo inherente al hombre, algo a lo que no debe renunciar y que constituye el barómetro particular de nuestro progreso, de nuestro avance como personas.

La segunda vertiente viene dada por ti, lector, que tienes ahora estas líneas entre tus manos y a las que vas a dar forma en tu mente después de leerlas.

Esta Delegación de Cultura se enorgullece de poner en marcha este proyecto que dará, sin duda, un nuevo horizonte y una nueva dimensión a nuestro pueblo.

Nuestro agradecimiento a participantes y colaboradores, a los que emplazamos para que fomenten esta iniciativa y la impulsen, dando así contenido a lo que en años venideros queremos que sea nuestro "Vigía de la Costa".

Carmen Vargas Molina
Concejala Delegada de Cultura y Educación
Excmo. Ayuntamiento de Benalmádena

En este tiempo que en esta Delegación de Cultura se tuvo la idea de estimular y difundir entre los ciudadanos de nuestro municipio la afición por la lectura y por el arte de escribir. Hoy se hace realidad una de estas vertientes con la edición del primer premio del I Certamen Literario de Benalmádena, cuyo título, "Vigia de la Costa", es el tema que evoca nuestra historia y nos llena de identidad para el futuro. El desarrollo de la capacidad creativa es algo inherente al hombre, algo a lo que no debe renunciar y que constituye el parámetro particular de nuestro progreso, de nuestro avance como personas.

La segunda vertiente viene dada por la lectura, que tienes ahora estas líneas entre tus manos y a las que vas a dar forma en tu mente después de leerlas.

Esta Delegación de Cultura se encorgullece de poner en marcha este proyecto que dará, sin duda, un nuevo horizonte y una nueva dimensión a nuestro pueblo.

Nuestro agradecimiento a participantes y colaboradores, a los que impulsaron para que existiera esta iniciativa y la impulsasen, dando así continuidad a lo que en años venideros queremos que sea nuestro "Vigia de la Costa".

Carmen Vargas Molina
Directora Delegación de Cultura y Educación
Excmo. Ayuntamiento de Benalmádena

Salió del hotel y empezó a caminar por las calles peatonales del centro, en las que las luces de los escaparates y el neón de los anuncios proyectaban sus luces a la escasa iluminación pública. Se dirigía a casa para descansar y preparar el día siguiente.

A mis dos seres más queridos

A.E.C.

El día siguiente se levantó temprano para preparar su ropa y sus documentos para el día siguiente (una reunión importante para él y para su futuro en la empresa), y en seguida se ocupó de algunas cosas para el aseo personal en el dormitorio de la habitación y en el baño. Luego hizo llevar su pequeño coche japonés a un garaje público cercano. Era muy cuidadoso para ciertas cosas y no se permitía que su vehículo quedara expuesto a miradas extrañas y a la posibilidad de que alguien se apoderara en una calle oscura al borde de la noche; al mismo tiempo, sin embargo, se consideraba una persona independiente y tenía el aplomo suficiente como para salir a hacer negocios durante largas horas sin que nadie se preocupara por él. Después de eso, se sentó en un sillón del salón.

Los periódicos estaban cerrados. Deambuló un rato por el apartamento para revisar el plano que le había dado el agente inmobiliario del hotel, buscando algo inte-



A mis dos seres más queridos

A.E.C.

Salió del hotel y empezó a caminar por las calles peatonales del centro, en las que las luces de los escaparates y el neón de los anuncios superaban con creces a la escasa iluminación pública que se desprendía de unas tristes y distantes farolas. Había llegado a aquella pequeña ciudad de provincias una hora antes y la había empleado en ordenar sus papeles para la reunión de trabajo del día siguiente (una reunión importante para él y para su futuro en la empresa), y en colocar su ropa y demás cosas para el aseo personal en el armario de la habitación y en el baño. Luego hizo llevar su flamante coche japonés a un garaje público cercano. Era muy precavido para ciertas cosas y no le gustaba que su vehículo quedara expuesto a miradas ajenas y a la tentación de que alguien lo saqueara en una calle vacía al abrigo de la noche; en otras cosas, sin embargo, se consideraba una persona bastante segura de sí misma y tenía el aplomo suficiente como para tratar asuntos de negocios durante largas horas sin que hicieran mella en él la fatiga o el desánimo.

Era domingo y los comercios estaban cerrados. Deambuló un rato sin rumbo fijo y sin consultar el plano que le había proporcionado el recepcionista del hotel, buscando algo inte-



resante para pasar el resto de la tarde. Llevaba puesta una gabardina clara y un pañuelo de cuello color granate; debajo, un traje gris oscuro y una camisa blanca con una corbata de tonos azules formando rayas oblicuas paralelas. Un par de zapatos negros completaban el atuendo elegido para aquel día de enero, un día frío e impersonal en una ciudad pequeña y fría, apartada de las rutas turísticas y comerciales más importantes. No estaba en verdad bien comunicada pero contaba con indudables atractivos, sobre todo para el visitante al que le gustan las piedras con historia y las callejas antiguas y tortuosas con nombres evocadores de otros tiempos. A aquellas horas del atardecer la ciudad se veía transitada por gente vestida de domingo, familias que iban al cine y grupos de amigos que salían de los bares. Caminaba sin prisa, curioseando por algunos sitios. Iba allá donde la gente se reunía para ver un espectáculo callejero, o donde la música o el bullicio se hacían notar. Todo ello le servía de punto de referencia para poder asistir a algún acontecimiento que rompiera la atonía del ambiente provinciano que se respiraba a su alrededor, pero al final terminó por preguntarle a un taxista que le dijo que aquello no era Madrid, que allí había

poco que hacer, salvo irse al cine o meterse en un bar (conclusión compartida por él mismo), o bien pasear por el casco viejo de la ciudad, la zona más visitada por propios y extraños y que contaba con una buena iluminación en los edificios más sobresalientes. En principio, le pareció que la primera opción era la adecuada para el momento y le pidió que lo llevara a alguna sala. El taxi lo dejó cinco minutos después en la esquina de una calle por la que habría sido difícil entrar. Estaba llena de gente y vehículos. El local se anunciaba con un gran panel de luces de neón que decía "Cines Panorama" en rojo y verde. Se acercó a la multitud que formaba dos colas, dos amplias y cambiantes colas que no tenían una definición precisa ni parecían tener un término cierto. Lo único real era que salían de las dos ventanillas junto a las puertas de cristal de la entrada y formaban unos trazados que llegaban hasta no se sabía bien dónde, serpenteando entre los coches aparcados en doble fila. Parecía que media población se había dado cita allí. La otra media estaría en los otros multicines (no había más) que el taxista dijo que estaban mucho más lejos y que él nunca iba allí. Miró la cartelera. Ninguna de las cuatro películas que se exhibían le sonaban, ni había leído

crítica alguna acerca de ellas. Dos eran para público infantil y las otras estaban entre las de más reciente actualidad, dos películas taquilleras para gente que sólo pretende dejar atrás un rato embebida en acción o misterio. Decidió entrar en una de ellas y encontró el final de una de las colas. Detrás de él llegó una familia con tres niños inquietos y un padre que impartía órdenes constantemente con la pretensión de controlar hasta el más mínimo detalle y que se quedó solo y callado cuando la madre se llevó a su prole a comprar palomitas y agua mineral. Delante de él un caballero de cierta edad envuelto en un abrigo oscuro fumaba sin manos un puro maloliente que iba cambiando de comisura en comisura con rara habilidad. Exhalaba de vez en cuando unas enormes bocanadas de humo azul y blanco que la suave brisa disipaba con rapidez por encima de su cabellera blanca repeinada. Se charlaba en todos los corrillos y se avanzaba despacio. Entró en la sala cinco minutos después de la hora marcada para el comienzo de la película, cuyos títulos estaban saliendo en pantalla. No había acomodador (nunca los hay en estos minicines de ahora) y esperó cerca de la entrada a que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad. Alguien le empujó por

la espalda pidiéndole disculpas. Aprovechó luego un plano luminoso para dirigirse hacia el centro y sentarse cerca del pasillo. Puso la gabardina en el asiento vacío de su izquierda y al hacerlo se tropezó con unos ojillos brillantes que lo miraban desde una cara infantil redonda; debajo de ellos un caramelo con palito daba vueltas entre unos labios apretados. Le sonrió y se volvió hacia la pantalla en la que apareció un aborigen de una tribu del Amazonas en traje autóctono que había perdido su alma y estaba buscando otra (su alma gemela) en Europa, en un lujoso hotel. Allí encuentra al protagonista principal de la historia, un joven despreocupado que se ve envuelto en la aventura y en un montón de riesgos sin fin. Todo ello acompañado de unos paisajes tropicales de los que cortan el aliento, como diría un inglés pedante, y una buena dosis de ingredientes comerciales como tiros, sangre, carreras por la selva y huidas en canoa por ríos caudalosos junto a una actriz joven de largo cabello oscuro y piel bronceada, hizo que la película fuese transcurriendo en un soplo.

Al salir del cine hacía más frío que dos horas antes y la brisa se había transformado en un viento suave, pero cortante. Se subió el cuello de la gabardina y empezó a deshacer el

camino hasta el hotel caminando (se acordaba bien del trayecto). Miraba los escaparates iluminados de la avenida Suances, ahora con menos gente y con su bulevar salpicado de fuentes con altos chorros de color verde y rojo. Se detuvo en un bar en el que pidió algo de beber y en el que le dijeron que el pan estaba duro y que los domingos no tenían tapas calientes. Se bebió la cerveza rápidamente, echando una ojeada al rincón del fondo en el que estaban casi todos los clientes comentando ante el televisor las jugadas de un partido de fútbol, comentarios que se veían apoyados de vez en cuando por las "agudas" intervenciones del camarero, apoyado en la barra sobre los codos y sujetándose la cara con ambas manos. Salió de allí sin dejar propina y se metió en un mesón cercano. Se sentó en una esquina del amplio comedor y cenó en un ambiente cálido, rodeado de aperos de labranza que colgaban de los muros de ladrillo visto y de las gruesas vigas del techo. Pagó con tarjeta y se fue sin tomar postre.

Sus pasos se encaminaron ahora hacia la zona céntrica, la de la ciudad vieja, que era a la vez la zona de los jóvenes, la de los bares de copas y las litronas hasta altas horas de la madrugada, la zona de la movida, con gentes de toda clase y

condición que llenaban la gran plaza Mayor y hacían intran-
sitables sus soportales.

Era ya noche cerrada, una noche sin estrellas con sus misterios y su embrujo en una pequeña ciudad desconocida; una noche como tantas otras que a él siempre le atraería por sus encantos y por su propia condición distinta al día. A él la noche le servía no sólo para soñar o para disfrutar del silencio, él pensaba que era adecuada para el trato, los negocios o la seducción... y también para el odio y la venganza, pero siempre pensaba que la noche era de aquellos que sabían hacer de ella lo mejor del día. Aquella noche, en cuyas esquinas se podría ocultar un rostro de mujer o sofocar un suspiro, se veía aún transitada por gentes que subían o bajaban por las viejas calles empedradas, levantando los ojos hasta los aleros y las cornisas, las ventanas ojivales y los parteluces, admirando la armonía de las piedras medievales, cruzando por debajo de puentes centenarios de estilo gótico y recreándose en los juegos de luz y sombra de la bien iluminada ciudad vieja.

Se acercó a un café de la plaza y pidió un cortado. El lugar estaba atestado de parroquianos tomando chocolate caliente.

Al salir de allí pensó que no le quedaba mucho más que hacer salvo caminar un rato; no le apetecía encerrarse en la habitación del hotel para ver un insulso programa de televisión y no se había traído nada para leer (no iba a tener tiempo para ello). La reunión tenía que empezar a las diez de la mañana en las oficinas de un conocido centro comercial y estaba previsto que terminara hacia el mediodía. Después de comer cogería el coche y regresaría a Madrid. Dejó, pues, que los minutos hicieran huella en su cuerpo y que el cansancio lo llevara a un sueño reparador.

Cruzó una calle y se adentró en otro barrio antiguo de la ciudad a través de un arco encalado. Había muy poco tráfico, las calles eran estrechas, con aceras también estrechas y con unas cuantas farolas espaciadas que daban una mortecina luz blanca. Se veían pequeños comercios a un lado y a otro entre las casas blanqueadas que olían a humedad y a viejo. Se cruzó más adelante con algunas personas que se alejaron caminando en dirección contraria a la suya. Él continuó despacio su trayecto sin rumbo, saboreando el resonar de sus pasos sobre las baldosas grises y la calma en la fría noche. Aquellas calles solitarias evocaron en su memoria el recuerdo

de otras en las que él mismo jugaba con otros niños, mucho tiempo atrás. Eran tiempos en los que a menudo regresaba a su casa con un par de chichones en la cabeza o sangrando por una rodilla, tiempos de rivalidades infantiles, de peleas callejeras en las que él no siempre salía bien parado. Eran otros tiempos los que ahora entreveía por las calles tortuosas de aquel barrio cargado de años y de múltiples historias distintas a la suya.

Torció a la derecha al cabo de un rato y se paró bajo la tímida luz de una farola a consultar el plano. Se había adentrado bastante en el barrio, y las casas y las calles se sucedían iguales y monótonas en la semipenumbra, por lo que tomó la determinación de regresar aunque, eso sí, por un camino distinto al que le había llevado hasta allí. Alzó la vista hacia la esquina de la calle en la que estaba. Un pequeño letrero de cerámica azul con fondo blanco decía "calle Buenahora". La buscó pero no dió con ella en la maraña de trazos estrechos de aquella zona. Decidió volver guiándose por su sentido de la orientación y, en todo caso, siempre pasaría alguien a quien preguntar. Unos metros más allá torció a la derecha por la primera calle que se encontró. Seguramente por allí se volvería



al centro, a la gran plaza rectangular que en aquellos momentos hervía de cerveza y conversación.

Alguien le dió de pronto un brusco empujón junto al portal de una casa y lo retuvo contra la pared. Sintió un objeto frío y punzante por encima del cuello de su camisa y una voz queda que salía de un cuerpo nervioso le escupió unas palabras de mal aliento en su rostro.

- Vamos, mamón, suelta todo lo que lleves encima.

- Sí, sí, enseguida. Toma el reloj y...

- La cartera, dame la cartera, pringao de mierda.

- Toma, aquí la tienes. Déjame la documentación, por favor, y llévate el dinero.

Registró rápidamente la cartera con la mano izquierda mientras que la otra temblaba en el cuello de su primera víctima de la noche.

- ¿Sólo tienes esto? Dame todo lo que lleves encima o te la tragas.

- Lo siento, no llevo más encima, sólo tarjetas, toma este anillo también...

- Esto es una mierda que no vale nada, so mamón, te voy a...



Tras un breve forcejeo le dejó tendido en la minúscula acera sangrando abundantemente. Pidió auxilio dando gritos de desesperación mientras alcanzaba a oír los pasos de su agresor, que se alejaba corriendo al amparo de la oscuridad. Una luz se encendió en una ventana y alguien salió a ver qué pasaba. Se llamó a la policía que tardó unos minutos en llegar y enseguida apareció también una ambulancia.

Perdió el conocimiento cuando dos hombres vestidos de blanco le colocaban en una camilla y lo volvió a recuperar entre sonidos de sirena, neones de ciudad y otras luces que pasaban vertiginosamente por la ventanilla del vehículo que se dirigía al hospital más cercano a toda velocidad. Pero el ruido de la ambulancia se le fue apagando lentamente, y las luces fueron perdiendo su brillo al tiempo que él entraba en un abandono placentero que le hacía olvidar el miedo atroz a morir desangrado en la acera de momentos antes. Poco a poco dejó resbalar su consciencia hacia un rumor lejano, una visión interior que le arrastraba sin remedio hacia donde ya no habría lugar para el regreso.

ACABOSE DE IMPRIMIR EL DÍA 1 DE JUNIO,
FIESTA DE SAN AGUSTÍN, EN LOS
TALLERES DE GRÁFICAS CAMPOS, S.A.
ARROYO DE LA MIEL,
BENALMÁDENA